

Un Fundamento Bíblico para la Integración Fe y Aprendizaje

John Wesley Taylor V

Los adventistas del séptimo día creen que las Sagradas Escrituras son la Palabra de Dios—inspirada, confiable y vigente (Asociación Ministerial, 1988). Aunque la educación cristiana no aparece como una de las 27 doctrinas fundamentales, es visto históricamente por la Iglesia Adventista del Séptimo Día (ASD) como ingrediente medular en el cumplimiento de su misión. Esto puede evidenciarse por los escritos prolíficos sobre el tópico de educación por Elena G. de White (e.g., White, 1923, 1943, 1952, 1968), una fundadora denominacional, como también por la extensión del sistema educativo ASD, en la actualidad uno de los sistemas educativos religiosos más grandes, con más de cinco mil escuelas, colegios y universidades y con aproximadamente un millón de estudiantes.

Un concepto central en la filosofía adventista de la educación es “la integración fe y aprendizaje”. Muchos educadores adventistas, de hecho, perciben esta idea como ingrediente distintivo de la educación ASD, que debe ser nutrido de manera afirmativa y continua. Evidencia de esta posición puede encontrarse en las frecuentes sesiones de los Seminarios Internacionales Fe y Aprendizaje, auspiciados por el Instituto de Enseñanza Cristiana desde 1988. Monografías desarrolladas en estas conferencias se han publicado en la serie erudita *Christ in the Classroom* (Rasi, 1991-2003).

Dada la centralidad de la Sagrada Escritura en la teología adventista y la importancia de la integración fe y aprendizaje en la filosofía y práctica educativa ASD, es razonable esperar que tal concepto deba encontrar amplio apoyo en las Escrituras. Esta exposición busca examinar este fundamento bíblico y proveer una razón de ser para la integración de fe y aprendizaje en la educación cristiana. Debe entenderse, sin embargo, que esta presentación no pretende ser un relato exhaustivo de todos los pasajes bíblicos relevantes a la educación adventista. Más bien, busca poner en relieve pasajes bíblicos ejemplares que sirven como pilares a la integración fe y aprendizaje y como punto de partida para la investigación y reflexión.

Formación de la Mente Cristiana

Aunque la integración de fe y aprendizaje puede abordarse desde varias perspectivas, quizás el concepto bíblico fundamental se encuentra implícito en Filipenses 2:5, “Haya en vosotros esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús.” Situado en el contexto de la encarnación, este pasaje propone, ante todo, la existencia de la mente cristiana. Además, mantiene que el creyente deberá experimentar un proceso personal y transformador—el recibir la mente de Cristo. Finalmente, afirma que como cristianos, deberemos pensar cristianamente.

Este pasaje en Filipenses, sin embargo, es solamente un punto de lanzamiento para establecer el concepto de la mente cristiana. De acuerdo con 1 Corintios 2:14-16, hay dos tipos de individuos: (1) el hombre o mujer, que no tiene discernimiento de las cosas espirituales, y (2) la persona espiritual, que discierne todas las cosas desde un punto de referencia espiritual, habiendo

recibido la mente de Cristo. El pasaje aclara que la diferencia se encuentra en la mente. Romanos 8, versículos 6 y 7, corrobora esta perspectiva. “Porque la intención [φρονημα - la mente, incluyendo los pensamientos y propósitos] de la carne es muerte, pero la intención del Espíritu es vida y paz. Pues la intención de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.” Hay entonces dos clases de mentes, la mente carnal y la mente espiritual. La orientación carnal corre en contra de Dios y su verdad. Es una mente secular—una perspectiva temporal, mundo-céntrica y fragmentada (véase la Figura 1). En contraste, la mente espiritual es una mente cual la de Cristo, en armonía con el plan de Dios para la vida y el universo. Incorpora, entonces, una perspectiva eternal, sobrenatural y holística.

Figura 1. Las dos mentes (Romanos 8:6-7)

La Mente Secular Una perspectiva temporal, mundo-céntrica y fragmentada	La Mente Cristiana Una perspectiva eternal, sobrenatural y holística
Viviendo para el presente ¡Hazlo! ¡Disfrútalo mientras dure! “¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!” (1 Cor. 15:32).	Una orientación a la eternidad Reconociendo que cada decisión, cada acción en esta vida contiene consecuencias eternas.
Asumiendo que este mundo es todo lo que hay Decisiones y conductas se limitan a los criterios de “este mundo” (2 Cor. 4:4).	Un enfoque sobrenatural Viendo la vida desde la perspectiva divina. Valorando y tomando decisiones basadas en el carácter de Dios.
Segmentando la existencia La vida es reducida a una colección fragmentada de ideas y actividades. Frecuentemente una dicotomía espiritual/secular.	Una cosmovisión holística No dicotomizada ni compartamentalizada. Sino reconociendo que el cristianismo comprende la totalidad de la vida.

A menudo, los individuos parecen asumir que la mente es análoga a un traje de vestir—algo que uno se pone o se quita dependiendo de la temporada o la situación (quizás la base para la expresión comúnmente escuchada “Acabo de cambiarme la mente”). La mente cristiana, sin embargo, requiere una cierta estabilidad, un compromiso de fe. El apóstol Santiago declara, “Y si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídala a Dios... y le será dada. Pero pida con fe, no dudando nada [no oscilando, no tambaleando de manera indecisa]. Porque el que duda es semejante a una ola del mar movida por el viento y echada de un lado a otro. No piense tal hombre que recibirá cosa alguna del Señor. El hombre de doble ánimo es inestable en todos sus caminos” (1:5-8).

Observe que hay tres condiciones para recibir la sabiduría: compromiso, fe y petición. En contraste, una persona de “doble ánimo”, oscilando entre una perspectiva secular y una espiritual, se encuentra en las garras de una mente dicotomizada y como consecuencia no puede recibir ninguna cosa de Dios—mucho menos la mente de Cristo y su sabiduría. Cuando hay un compromiso espiritual viviente con Dios, sin embargo, visto en singularidad de mente y propósito (“Una cosa hago” Fil. 3:13), nace la oración de fe, que resulta en sabiduría, la dádiva de Dios.

Este compromiso de fe, esta singularidad de mente yace en el corazón de la experiencia cristiana. Cristo mismo declaró, “Todo reino dividido contra sí mismo está arruinado. Y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma permanecerá.... El que no está conmigo, contra mí está; y el que

conmigo no recoge, desparrama” (Mateo 12:25, 30). En esencia, la mente cristiana es completamente cristiana o no es cristiana en ninguna forma.

Envergadura de la Vida y Aprendizaje

La singularidad de mente trae una perspectiva comprensiva, holística y Cristo-céntrica de la vida y el aprendizaje. Esto es una contradicción directa de la perspectiva dualística.

En tiempos antiguos, los gnósticos dividieron al hombre en materia (malo) y mente (bueno). Basados quizás en este dualismo griego, nosotros también hemos tendido a caer en formas dicótomas del pensar—tales como alma/cuerpo, piedad/acción, mundo/iglesia, misericordia/justicia, libertad/responsabilidad, amor/autoridad, teoría/práctica, alumno/materia, y fe/aprendizaje. El resultado es un pensar fragmentado, una vida compartimentalizada y polarizada.

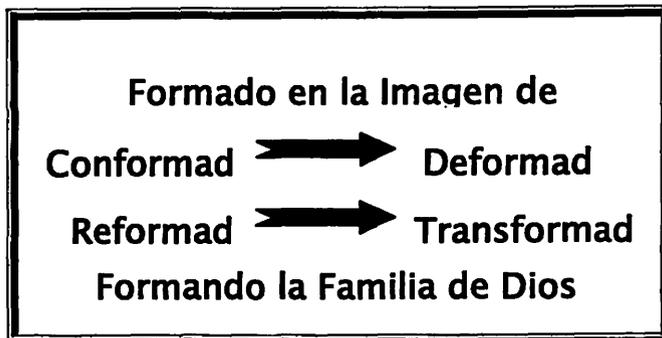
Quizás el dualismo más peligroso para un cristiano, sin embargo, es el pensar que algunos aspectos de la vida son espirituales y otros, seculares. A veces, de hecho, comenzamos a pensar secularmente aún sobre cosas sagradas—tales como bautismos, ofrendas, y la educación cristiana. La Palabra, sin embargo, enfatiza que debemos vestirnos “del nuevo, el cual se renueva para un pleno conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó. Aquí no hay griego ni judío..., esclavo ni libre; sino que Cristo es todo y en todos” (Col. 3:10, 11).

Este alcance de Cristo en cada aspecto de la vida encuentra eco a través de las Escrituras. “Por tanto, ya sea que comáis o bebáis, o que hagáis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Cor. 10:31). “Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús” (Col. 3:17). ¿Cuáles son las implicaciones para la educación? Ante todo, que todos los aspectos de la vida—aún actividades comunes tales como el comer y beber, el enseñar y aprender—deberán glorificar a Dios. La enseñanza, además, es un asunto tanto de palabras como de hechos. Enseñar “en el nombre de Jesús” significa actuar como su representante oficial—hablar como Él hablaría, actuar como Él lo haría.

San Pablo realza este imperativo: “Destruimos los argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios; llevamos cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo” (2 Cor. 10:5). Programas curriculares se componen de materias, materias de tópicos, tópicos de conceptos, conceptos de ideas e ideas de pensamientos. Por lo tanto, si cada pensamiento es sumiso a Cristo, esto implica que cada período de clase, cada disciplina, cada experiencia educativa deberá como consecuencia anclarse en Cristo Jesús.

¿Cómo resultan tales condiciones? Romanos 12:2 amonesta, “No os conforméis a este mundo; más bien, transformaos por la renovación de vuestro entendimiento.” En el principio, los seres humanos fueron formados “a imagen de Dios” (Gén. 1:26, 27). Trágicamente, sin embargo, decidieron *conformarse* a este mundo, tomando la forma distorsionada del pecado, siendo comprimidos en el molde de esta era secular. Como resultado, fueron *deformados*—comenzaron a perder la forma original, la semejanza a su Creador. Las buenas nuevas son que, por la gracia de Dios, los seres humanos pueden ser *re*-formados por la renovación de la mente—un renacimiento espiritual. Esta reforma trae como resultado un cambio—una metamorfosis, una *transformación* radical en la cual la imagen de Dios es restaurada en hombres y mujeres, quienes forman la familia de Dios (véase la Figura 2).

Figura 2. Procesos de Cambio (Rom. 12:2)

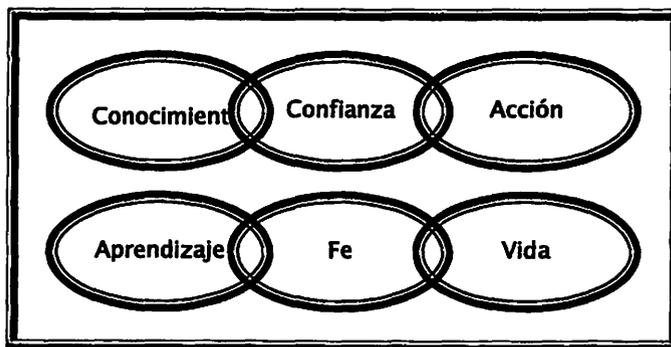


Como el apóstol Pablo aptamente lo resumió, “Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo [una cosmovisión secular], sino el Espíritu que procede de Dios [una cosmovisión cristiana], para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente” (1 Cor. 2:12).

Integrando Fe, Aprendizaje y Vida

De acuerdo con la Escritura, la fe, el aprendizaje y la vida están estrechamente entrelazados. San Pablo declara, “La fe es por el oír, y el oír por la palabra de Cristo” (Rom. 10:17). Y el apóstol Santiago añade, “Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma” (Santiago 2:17; también 1:22-25). Parece evidente que la fe y el aprendizaje están íntimamente ligados por el poder de la Palabra (véase la Figura 3). No es suficiente, sin embargo, meramente conocer, ni aún creer. Más bien, debe haber respuesta en la vida. Como cristianos entonces debemos traducir nuestra fe a la práctica y luchar con las implicaciones del aprendizaje en nuestras vidas. Consideremos brevemente cada uno de estos componentes desde una perspectiva bíblica.

Figura 3. Ligando Fe, Aprendizaje y Vida (Rom. 10:17; Sant. 2:17)



Fe. Cristo preguntó a sus discípulos, “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Luc. 18:8). La fe no es devoción ciega ni creencia coja. De lo contrario, la fe es un compromiso razonable, basado en evidencia sustantiva (Heb. 11:1). El cristianismo, entonces, es un asunto de actos y datos significativos, no simplemente vagas teorías o especulaciones interesantes.

Además, la fe no existe en forma aislada, en un vacío. Tiene que tener un objeto. Uno tiene que tener fe *en* algo o alguien. ¿Qué tipo de fe entonces se requiere? (véase la Figura 4). El concepto de primer orden en el paradigma de fe es la fe en Dios, basada en un entendimiento de Dios que es a su vez tanto teológico (conociendo *acerca de* Dios) como relacional (conociendo a Dios *personalmente*). Esta fe es complementada por una confianza en la revelación de Dios de su verdad, su carácter y su plan. El tercer tipo de fe—a veces la más difícil de lograr—es la fe en personas, en el potencial de otros y de uno mismo, por la gracia de Dios.

Aprendizaje. Aprender es cambiar. Es una transformación de corazón, mente y ser. Representa un cambio en conocimiento, habilidades, actitudes y/o valores. Cristo invitó a sus oyentes, “Venid a mí... y aprended de mí” (Mat. 11:28, 29). ¿Qué tipo de aprendizaje es requerido? Primeramente, deberá haber un cambio en la mente—aprendiendo a pensar cristianamente. Esto es seguido por un cambio de vida—aprendiendo a vivir por la fe.

Vida. La vida es más que una mera existencia. Cristo declaró, “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10). La vida cristiana entonces va más allá que simplemente darse abasto o sobrevivir; va más allá que el yo. En su sentido más amplio, la vida se encuentra centrada en Dios, porque Dios es la Fuente de vida. Es el Sustentador de la vida. Es el Enfoque final de la vida. “Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado” (Jn. 17:3). ¿Qué tipo de vida es requerida? (1)

Una vida *eterna*, dádiva de Dios por medio de Cristo, (2) una vida *productiva*, que transforma el conocimiento en la práctica, y (3) una vida *significativa*, llenada de amor hacia Dios y el prójimo.

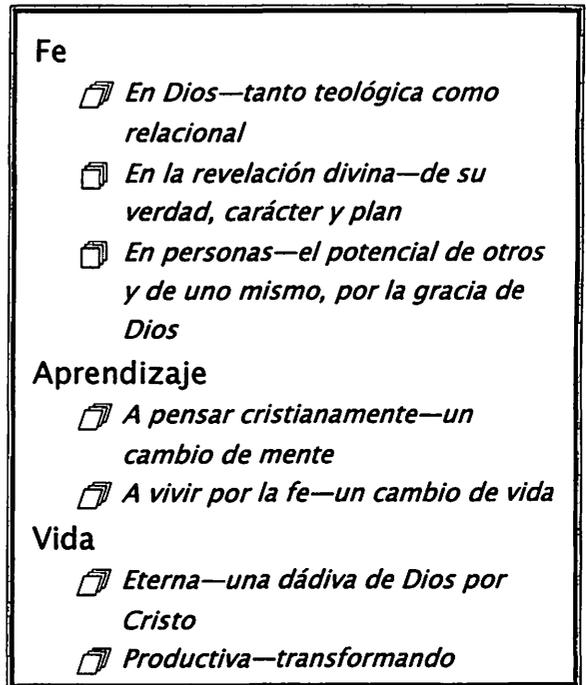
Integración. Refiriéndose al vínculo matrimonial, Cristo declaró, “Así que ya no son más dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre” (Mat. 19:6). Este sagrado convenio es análogo al concepto de integración. La integración de fe, aprendizaje y vida es más que una entremezcla, un encuentro aleatorio. Es, más bien, una unión dinámica, una fusión de fragmentos en una sola entidad viviente.

¿Qué es entonces la integración de fe, aprendizaje y vida? Es cuando creencias y valores cristianos proveen la médula y el enfoque del empeño educativo, que a su vez busca relacionar el cristianismo con la totalidad de la existencia y la cultura humanas.

Un Programa Educativo Integrado

Uno de los pasajes más significativos de la Escritura que señala los rasgos de un currículo cristiano se encuentra en el sexto capítulo de Deuteronomio, versículos 4-9. Este pasaje comienza declarando, “Escucha, Israel: Jehová nuestro Dios, ¡Jehová uno es!” Este versículo,

Figura 4 Integrando Fe, Aprendizaje y Vida



considerado por muchos Judíos como uno de los más sagrados en todo el Torah, identifica a Dios como el *enfoque* del programa educativo (véase la Figura 5). Este énfasis se reitera a través de la Escritura. “Porque Jehová da la sabiduría, y de su boca provienen el conocimiento y el entendimiento” (Prov. 2:6). “En él [Cristo mismo] están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Col. 2:2-3). Dios, en esencia, es el currículo nuclear.

El versículo siguiente (Deut. 6:5) describe la *dinámica* y el *alcance* del currículo. “Y amarás a Jehová tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.” En la educación cristiana, el amor es el componente motivador cardinal. La verdad, de hecho, deberá siempre expresarse en un contexto de amor (Ef. 4:15).

Además, la esfera de acción del programa educativo deberá ser comprehensiva y holística.

Luego se identifican la *fuerza* y el *instrumento* curricular. “Estas palabras que yo te mando estarán en tu corazón” (6). Las palabras de Dios incluyen su Palabra escrita, las Sagradas Escrituras (Apoc. 1:1, 2); la Palabra ilustrada, vista en las obras creadoras de Dios (Sal. 19:1); y la Palabra viviente, Jesucristo (Jn. 1:14). Estas Palabras divinas constituyen el gran factor unificador en la educación cristiana, el fundamento de su currículo. Traen una transformación de aprendizaje y de vida. Como San Pablo escribió a Timoteo, “Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la reprobación, para la corrección, para la instrucción en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente capacitado para toda buena obra” (2 Tim. 3:16, 17). Observe, sin embargo, que Deuteronomio estipula una condición: las Palabras deben primeramente internalizarse en el instrumento, en la vida del maestro. Uno simplemente no puede compartir lo que no tiene.

Deuteronomio 6:7 especifica el *proceso* y el *contexto* curricular. “Las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas sentado en casa o andando por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes.” La repetición sugiere que diligencia, esfuerzo, perseverancia y excelencia son requeridos. Tal instrucción incorpora tanto receptividad como actividad (“sentado” y “caminando”). Toma lugar tanto “en casa” (el aula de clase) como “por el camino” (las experiencias de la vida real), enlazando así la teoría y la práctica. Además, identifica momentos primos para el aprendizaje—“cuando te levantes” y “cuando te acuestes” (el comienzo y el fin del día). Dado que la dimensión más importante de la vida es la relación con Dios, esto parece sugerir que segmentos prístinos del día (incluyendo el día escolar) deben ser apartados para las experiencias de adoración y devoción.

Finalmente, en los versículos 8 y 9, el pasaje se dirige a las *dimensiones* curriculares del programa educativo. “Las atarás a tu mano como señal, y estarán como frontales entre tus ojos. Las escribirás en los postes de tu casa y en las puertas de tus ciudades [o portones de tu patio].” Observe que se especifican cuatro dimensiones. Las palabras de Dios deberán estar sobre la mano, guiando las acciones y desarrollo físico. Deberán estar ante los ojos, dirigiendo los pensamientos y el crecimiento intelectual.

Figura 5. El Currículo Integrado (Deut. 6:4-9)

- Enfoque: Dios (4)
- Dinámica: El amor (5a)
- Alcance: Comprensiva y holística (5b)
- Fuente: La Palabra—Escrita, Ilustrada y Viviente (6a)
- Instrumento: Maestro comprometido (6b)
- Proceso: Diligente y excelente, receptivo y activo (7a)
- Contexto: Momentos primos para el

Pero ¿qué de los postes y los portones? Es importante recordar que estas palabras fueron dichas a los Israelitas que recientemente habían dejado Egipto para ir a la Tierra Prometida. En esa última noche, rociaron la sangre de un cordero sobre los postes, los dinteles de sus puertas, como evidencia de su compromiso de fe. En tiempos bíblicos, como en muchos lugares hoy, los portones del patio eran considerados la avenida de contacto con el mundo más amplio. Mensajes, de hecho, frecuentemente se colocaban en las puertas, sean del patio o de una ciudad, para anunciar eventos importantes—una forma de comunicación, de testimonio. Los “postes” y las “puertas” entonces sugieren que las palabras de Dios deberán guiar el desarrollo tanto espiritual como social del alumno.

Estas cuatro dimensiones del currículo cristiano parecen ser de significado especial. Lucas 2:52, por ejemplo, señala que Jesucristo se desarrolló en cuatro áreas—“en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres” (véase la Figura 6). Pero aún más importante es discernir que la Palabra de Dios deberá servir como el fundamento para cada dimensión. En esencia, cada aspecto del programa educativo cristiano debe ser Cristo-céntrico, Biblia-fundamentado, alumno-relacionado y sociedad-aplicado.

Figura 6. Dimensiones del currículo cristiano (Duet. 6:8, 9; Lucas 2:52)

	Espiritual	Intelectual	Físico	Social
Pueblo de Dios	Escritura sobre los postes	Frontales entre los ojos	Señal en la mano	Escritura sobre los portones
Cristo Jesús	Gracia con Dios	Sabiduría	Estatura	Gracia con los hombres
Metáfora	Corazón	Mente	Mano	Humanidad

Papel de los Instrumentos

Las Escrituras identifican el *parakletos* (el Consolador), padres, sacerdotes y pastores-maestros como los instrumentos principales en el proceso enseñanza-aprendizaje. De estos, el Espíritu Santo es supremo. “Pero el Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os hará recordar todo lo que yo os he dicho” (Jn. 14:26).

Aunque el Santo Espíritu puede hablar directamente a la mente del alumno, también utiliza como intermedio otros instrumentos divinamente designados. San Pablo, por ejemplo, declara, “De estas cosas estamos hablando, no con las palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, interpretando lo espiritual por medios espirituales” (1 Cor. 2:13). También observó que los cambios que resultan en las vidas de alumnos son el resultado del Espíritu de Dios operando por medio de instrumentos humanos. “Vosotros sois carta de Cristo,” escribió, “expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones humanos” (2 Cor. 3:3)

En el modelo bíblico, la agencia educativa primaria es el hogar. Por consiguiente, los padres deberán asumir un papel signficante y progresivo en la educación de sus hijos. Salmo 78:1-7, por ejemplo, subraya las relaciones instructivas intergeneracionales. “A la generación venidera contaremos las alabanzas de Jehová, y de su poder y de las maravillas que hizo. El estableció su

testimonio en Jacob y puso la ley en Israel. Mandó a nuestros padres que lo hicieran conocer a sus hijos, para que lo supiese la generación venidera y sus hijos que nacieran, para que los que surgiesen lo contaran a sus hijos, para que pusiesen en Dios su confianza.” Este sentir encuentra eco en otros pasajes, tales como Sal. 34:11, Isa. 38:19 y Ef. 6:4. Este último pasaje, por ejemplo, ordena a los padres criar sus hijos “en la disciplina y la instrucción del Señor.”

En los tiempos del Antiguo Testamento, el papel de los padres era suplementado por el de los sacerdotes. “Porque los labios del sacerdote han de guardar el conocimiento, y de su boca han de buscar la instrucción, pues él es un mensajero de Jehová de los Ejércitos” (Mal. 2:7). En el período del Nuevo Testamento, la iglesia funcionó como la familia extendida de Dios y cada líder en la comunidad de fe era considerado un maestro (Giles, 1989). Estos líderes incluyeron apóstoles, profetas, obispos, ancianos y diáconos. Los ancianos, por ejemplo, eran mandados a instruir por su ejemplo y debían cumplir su responsabilidad de “apacentad el rebaño de Dios que está a vuestro cargo, cuidándolo no por la fuerza, sino de buena voluntad según Dios; no por ganancias deshonestas, sino de corazón; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cargo, sino como ejemplos para el rebaño” (1 Pedro 5:1-3).

Había, sin embargo, individuos que eran especialmente comisionados para la obra de la enseñanza. “Lo que oíste de parte mía mediante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Tim. 2:2). Pablo además observa que Dios “mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, y a otros pastores y maestros, a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, hasta ser un hombre de plena madurez, hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef. 4:11-13). Debe notarse que basado en el texto original, este pasaje se refiere a cuatro grupos de personas (Hocking, 1978, p. 21), con la función de pastor y de maestro considerado como un mismo don. Por consecuencia, los pastores deberán ver su rol como instructores de sus congregaciones, mientras que los maestros deberán comprender su vocación como pastores de su rebaño de alumnos. Observe que el ministerio de estos pastores-maestros resulta en un desarrollo de fe, conocimiento y servicio—en esencia, una integración de fe, aprendizaje y vida.

En el paradigma bíblico, los maestros son solamente representantes del Gran Maestro. “Somos embajadores en nombre de Cristo; y como Dios os exhorta por medio nuestro” (2 Cor. 5:20). Un embajador, por supuesto, recibe autoridad, junto con la responsabilidad de presentar un cuadro fidedigno y atrayente de quien él representa. “Si alguien habla, hable conforme a las palabras de Dios. Si alguien presta servicio, sirva conforme al poder que Dios le da, para que en todas las cosas Dios sea glorificado por medio de Jesucristo” (1 Pedro 4:11; también 2 Tim. 2:15). En el sentido sumo, entonces, Dios es el Maestro en la educación cristiana. Como el profeta Isaías señaló, “Todos tus hijos serán enseñados por Jehová, y grande será la paz de tus hijos” (Isaías 54:13). El texto describe algo más que meramente aprender *acerca de* Dios. Más bien, los alumnos deberán ser enseñados *por* Dios, por medio de sus instrumentos humanos.

Perspectivas sobre Contenido y Método

Desde una perspectiva integradora, la verdad y los valores divinos forman el fundamento de la experiencia educativa. Una comprensión de la verdad divina es mediada por su Palabra (Jn. 17:17), bajo la dirección del Espíritu Santo (Jn. 16:13). Esta verdad es ilustrada tangiblemente a través de la vida y enseñanza de Jesucristo (Jn. 14:6). Dado que toda verdad en cualquier

disciplina es finalmente verdad divina (Holmes, 1977), los alumnos deben ser guiados a vincular la veracidad de cada tópico que estudian con la Fuente de esa verdad.

La integración de fe y aprendizaje también enfatiza la importancia de valores morales en la formación del carácter. “¡Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno! ¿Qué requiere de ti Jehová? Solamente hacer justicia, amar misericordia y caminar humildemente con tu Dios” (Miq. 6:8). Maestros, por ejemplo, deberán ayudar sus alumnos a “discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo impuro y lo puro” (Eze. 44:23). Esto se logra eficazmente por un proceso de formación y maduración de valores que involucra análisis, reflexión y acción. El apóstol Pablo señala la gran agenda, cargada de valores, para la educación cristiana: “En cuanto a lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si hay algo que merece alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, esto haced.” (Fil. 4:8-9).

Esta perspectiva de verdad divina y aprendizaje en torno a valores se infiltra en cada materia y disciplina. En las ciencias, por ejemplo, los alumnos deben ser animados para integrar las palabras y las obras de Dios. La base para esta integración se encuentra en el hecho que la Palabra Viviente formó el mundo natural (Jn. 1:1-4), que Dios apartó un día de descanso en el cual deberá verse la naturaleza especialmente en un contexto espiritual (Ex. 20:8-11), que Cristo derivó verdad espiritual de contextos y escenas naturales (e.g., Mat. 6:28-30; Marcos 4:30-32; Lucas 12:6, 7), y que en el Mundo Venidero, los redimidos continuarán su estudio de las obras creadoras de Dios (Isa. 11:6-9).

Una orientación integradora y Biblio-céntrico en el área de lengua y literatura podría incorporar el entendimiento que Dios es quien otorga el don de la expresión creativa (Gén. 2:19, 23). Mientras que el pecado distorsiona el lenguaje (Gén. 11:4-9), Dios toma la iniciativa para llenar el vacío en la comunicación (Hechos 2:7-12), finalmente restaurando y reunificando el lenguaje (Apoc. 7:9-10). Podrá también considerar el concepto del estudio de buena literatura como un mandato cristiano (1 Tim. 4:13), junto con un reconocimiento de la existencia de literatura sin valor o que es claramente perjudicial (1 Tim. 6:20). Además ayudará al alumno a reconocer que existen criterios divinos para la literatura del cristiano (Fil. 4:8) y que la vida se ennoblece o degrada con lo que leemos (2 Cor. 3:18).

En las artes, una perspectiva integradora podrá guiar al alumno a desarrollar criterios cristianos para evaluar interpretaciones musicales, junto con otras formas artísticas. Esto podrá incluir un análisis de las siguientes consideraciones, entre otras:

- ¿Se encuentra en armonía con los valores divinos? (Fil. 4:8)
- ¿Dirige la atención hacia Dios o hacia el yo? (Isa. 14:12-14)
- ¿Glorifica una conducta inmoral? (Ex. 32:15-19)
- ¿Puede escucharse, ejecutarse, o cantarse para la gloria de Dios? (1 Cor. 10:32)
- ¿Mezcla lo sagrado y lo común? (Lev. 10:1, 2)
- ¿Su efecto resulta en un acercamiento a Dios? (Mat. 7:20)

Orientaciones bíblicas similares pueden desarrollarse en cualquier disciplina—tecnología, historia, psicología, investigación, estudios sociales, artes manuales, para mencionar algunos.

Ilustraciones de la Integración en la Práctica

Habiendo buscado establecer la Escritura en un marco conceptual para la integración de fe y aprendizaje, deberíamos notar que la Biblia también provee múltiples ejemplos de estos conceptos en práctica. Consideraremos, en orden cronológico, una muestra representativa.

Abraham, padre de los fieles (Rom. 4:16), instruyó a su familia extendida a adherirse a un código ético de conducta centrado en Dios. “Porque yo le he escogido y sé que mandará a sus hijos y a su casa después de él que guarden el camino de Jehová, practicando la justicia y el derecho” (Gén. 18:19). En tiempos postreros, los sacerdotes y levitas fueron encargados de educar tanto a adultos como a niños en los preceptos divinos (Lev. 10:10, 11). Esto debería hacerse especialmente en las fiestas anuales y durante al año sabático (Deut. 31:9-13).

Durante el tiempo de los reyes, algunos, como David (Sal. 119:12; 143:10), buscaban comprender la voluntad divina y transmitirla, a su vez, al pueblo. La mayoría, sin embargo, dejaron de instruir a la nación en los caminos de Dios, con apostasía y ruina nacional como resultados inevitables. “Por mucho tiempo ha estado Israel sin el Dios verdadero, sin sacerdote que les enseñase, y sin ley.... En aquellos tiempos no había paz ni para el que salía, ni para el que entraba, porque había muchas aflicciones sobre todos los habitantes de los países. Una nación era destruida por otra nación, y una ciudad por otra ciudad” (2 Crón. 15:3-6).

Hubo momentos de reavivamiento y reforma, sin embargo, y estos fueron resultado principalmente del proceso educativo. Un caso específico puede hallarse en la reforma de Josafat. “En el tercer año de su reinado envió a sus magistrados... para que enseñasen en las ciudades de Judá. Y con ellos, a los levitas... y a los sacerdotes.... Ellos enseñaron en Judá, llevando consigo el libro de la Ley de Jehová. E hicieron una gira por todas las ciudades de Judá, instruyendo al pueblo. El temor de Jehová cayó sobre todos los reinos de las tierras que estaban alrededor de Judá, y no hicieron guerra contra Josafat. Algunos de los filisteos traían a Josafat presentes y tributos de plata. También los árabes le llevaban ganado: 7.700 carneros y 7.700 machos cabríos.” (2 Crón. 17:7-11)

Después del exilio, otra reforma se llevó a cabo, impulsado por el proceso enseñanza-aprendizaje. Esdras, un escriba quien “había preparado su corazón para escudriñar la ley de Jehová y para cumplirla, a fin de enseñar a Israel los estatutos y los decretos” (Esdras 7:10), leyó la Palabra de Dios ante todo el pueblo. A él se unieron en esta obra los levitas. “Ellos leían en el libro de la Ley de Dios, explicando y aclarando el sentido, de modo que entendiesen la lectura” (Neh. 8:1-8). Las responsabilidades de estos educadores eran tripartitas—proclamación, explicación y exhortación (Pazmiño, 1997). La respuesta de los aprendices involucraba escuchar, entender, obedecer y adorar. El resultado, un reavivamiento de santidad entre el pueblo de Dios.

Jesucristo, en su ministerio, enseñó a multitudes y a individuos, a niños y adultos. Pero su enfoque era invariablemente centrado en Dios, orientado a los valores divinos y anclado en las Escrituras. Considere estos pasajes:

- Cuando vio la multitud, subió al monte; y al sentarse él, se le acercaron sus discípulos. Y abriendo su boca, les enseñaba diciendo: “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos....” (Mat. 5:1-3)
- Aconteció que, mientras las multitudes se agolpaban sobre él y escuchaban la palabra de Dios, Jesús estaba de pie junto al lago de Genesaret.... Al entrar él en una de las barcas, la cual pertenecía a Simón, pidió a éste que la apartase de tierra un poco. Luego se sentó y enseñaba a las multitudes desde la barca. (Luc. 5:1-3)

- Nicodemo, un gobernante de los judíos vino a Jesús de noche y le dijo: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro...” (Jn. 3:1-2)
- Entonces Jesús les dijo: “Dejad a los niños y no les impidáis venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos.” (Mat. 19:14)
- Y comenzando desde Moisés y todos los Profetas, les interpretaba en todas las Escrituras lo que decían de él... Y se decían el uno al otro: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?” (Luc. 24:27, 32)

En la iglesia apostólica, Felipe, uno de los siete diáconos, fue guiado por el Espíritu a involucrarse directamente en una situación enseñanza-aprendizaje. “Y Felipe corriendo le alcanzó y le oyó que leía el profeta Isaías. Entonces le dijo: “¿Acaso entiendes lo que lees?” Y él le dijo: “¿Pues cómo podré yo, a menos que alguien me guíe?” Y rogó a Felipe que subiese y se sentase junto a él... Entonces Felipe abrió su boca, y comenzando desde esta Escritura, le anunció el evangelio de Jesús” (Hechos 8:30-31, 35).

Timoteo, un colaborador con el apóstol Pablo, recibió como niño instrucción basada en la Escritura de parte de su madre Eunice y su abuela Loida (2 Tim. 1:5; 3:15). La Iglesia después reconoció en él el don de la enseñanza y lo comisionó para este ministerio. San Pablo hace referencia a este evento singular, “Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura, en la exhortación y en la enseñanza. No descuides el don que está en ti, que te ha sido dado por medio de profecía, con la imposición de las manos del concilio de ancianos” (1 Tim 4:13, 14).

En forma similar, Tito, un converso de entre los Gentiles que supervisaba la iglesia en la isla de Creta, fue asignado para enseñar a varios grupos de individuos, de acuerdo con sus necesidades y responsabilidades distintas (Tito 2:1-10, 15). A estos grupos, que incluían, hombres y mujeres maduros, jóvenes y señoritas, y aún esclavos, debía ser dada una educación biblio-céntrica y orientada hacia los valores cristianos.

Finalmente, todo creyente cristiano recibe el llamado para enseñar las palabras de Dios, en cualquier contexto que se encuentran. “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” (Mat. 28:19-20). Es quizás significativo que la frase “haced discípulos” se refiere al proceso enseñanza-aprendizaje y es en el Griego el único imperativo de este pasaje, constituyendo así el enfoque de la comisión evangélica.

Conclusión

El concepto de la integración de fe y aprendizaje en la educación cristiana parece ser bíblicamente defendible. Las Escrituras presentan evidencia de la importancia de recibir la mente de Cristo; el alcance de la vida y el aprendizaje cristiano; como también las interrelaciones de fe, aprendizaje y vida. Además, la Biblia delinea los parámetros de un programa educativo integral, describe el rol de los instrumentos divinos y humanos en el proceso educativo y provee perspectivas espirituales tanto para contenido como para método. Finalmente, la Palabra de Dios presenta una constelación de ejemplos de la vida real que ilustran la integración de fe y aprendizaje en la práctica.

Por medio de la integración fe y aprendizaje, la educación cristiana se mantiene distintiva—en el mundo, pero no del mundo (Jn. 17:15, 16). Capacita al alumno para crecer “en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18). Tal educación representa

un desafío, un llamado a maestros, administradores y todo otro constituyente involucrado. Es, no obstante, alcanzable. “Ciertamente este mandamiento que te mando hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ‘¿Quién subirá por nosotros al cielo y lo tomará para nosotros, y nos lo hará oír, a fin de que lo cumplamos?’ Tampoco está al otro lado del mar, para que digas: ‘¿Quién cruzará el mar por nosotros y lo tomará para nosotros, y nos lo hará oír, a fin de que lo cumplamos?’ Ciertamente muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas.” (Deut. 30:11-14)

Hoy, sin embargo, debemos escoger a quién serviremos—si los dioses de la educación tradicional que nuestros mentores sirvieron al otro lado del río, o los dioses de esta era secular en la cual ahora vivimos.... O el único Dios verdadero (adaptado de Josué 24:15). Que nuestro compromiso de fe afirme, “¡Pero yo y mi aula, pero yo y mi escuela, serviremos a Jehová!”

Acerca del autor: John Wesley Taylor V, Ed.D., es catedrático de educación y psicología en Southern Adventist University. E-mail: jwvtv@southern.edu

Obras Citadas

- Giles, K. (1989). *Patterns of ministry among the first Christians*. Melbourne, Australia: Collins Dove.
- Hocking, D. L. (1978). The theological basis for the philosophy of Christian school education. In Kienel, P. A. (Ed.). *The philosophy of Christian school education*. Whittier, CA: Association of Christian Schools International.
- Ministerial Association. (1988). *Seventh-day Adventists believe...* Hagerstown, MD: Review and Herald.
- Pazmiño, R. W. (1997). *Foundational issues in Christian education*. (2nd ed.). Grand Rapids, MI: Baker Books.
- Rasi, H. M. (compiler). (1991-2003). *Christ in the classroom: Adventist approaches to the integration of faith and learning*. Silver Spring, MD: Education Department, General Conference of Seventh-day Adventists.
- White, E. G. (1968). *Counsels on Education*. Mountain View, CA: Pacific Press.
- White, E. G. (1943). *Counsels to Parents, Teachers, and Students*. Mountain View, CA: Pacific Press.
- White, E. G. (1952). *Education*. Mountain View, CA: Pacific Press.
- White, E. G. (1923). *Fundamentals of Christian Education*. Nashville, TN: Southern Publishing.

Una Breve Bibliografía para Lectura Adicional

- Beck, W. D. (Ed). (1991). *Opening the American mind: The integration of Biblical truth in the curriculum of the University*. Grand Rapids, MI: Baker Book House.
- Gill, J. H. (1989). *The opening of the Christian mind: Taking every thought captive to Christ*. Downers Grove, IL: Intervarsity Press.
- Gladwin, J. W. (1977). *God's people in God's world: Biblical motives for social involvement*. Downers Grove, IL: Intervarsity Press.
- Graendorf, W. C. (Ed). (1981). *Introduction to Biblical Christian education*. Chicago: Moody Press.
- Holmes, A. F. (1977). *All truth is God's truth*. Downers Grove, IL: Intervarsity Press.
- Hubery, D. S. (1967). *Christian education and the Bible*. Oxford: The Religious Education Press.
- Miller, D. E. (1987). *Story and context: An introduction to Christian education*. Nashville: Abingdon Press.
- Pazmiño, R. W. (1997). *Foundational issues in Christian education*. (2nd ed.). Grand Rapids, MI: Baker Books.
- Peshkin, A. (1986). *God's choice: The total world of a fundamentalist Christian school*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Phillips, W. G., and Brown, W. E. (1991). *Making sense of your world from a Biblical viewpoint*. Chicago: Moody Press.
- Plantinga, T. (1980). *Rationale for a Christian college*. St. Catharines, Ontario: Paideia Press.
- Rasi, H. M. (compiler). (1991-2000). *Christ in the classroom: Adventist approaches to the integration of faith and learning*. Silver Spring, MD: Education Department, General Conference of Seventh-day Adventists.
- Rushdoony, R. J. (1979). *The Biblical philosophy of history*. Phillipsburg: Presbyterian and Reformed Publishing.
- Wei, T. T. (1982). *The worth of religious truth-claims: A case for religious education*. Washington, D.C.: University Press of America.
- Wolterstorff, N. (1984). *Reason within the bounds of religion (2nd ed)*. Grand Rapids, MI: Eerdmans.